

del marido, mostrándosele en todo humildes, obsequiosas y placenteras; sirviéndole en todo con alegría, con garbo y con amor; sufriendo sus defectos y sus rarezas, sin irritarle con contestaciones importunas y exasperantes. Si las mujeres practicasen este documento, al paso que algunas veces se ahorrarian palos, conseguirían un gran ascendiente sobre el corazón de los maridos, y sería casi imposible la traición.

Por último, deben procurar con todo empeño que los maridos sean sólidamente virtuosos, ya implorando con fervorosas y frecuentes súplicas la divina misericordia sobre ellos, ya aprovechando ciertas ocasiones oportunas para corregirlos amigablemente de sus faltas, ya presentándose ellas mismas como modelos de virtud y de piedad.

Héos aquí los medios de impedir la infidelidad en los consortes. Siempre que se adopten, el gran sacramento del Matrimonio será un vínculo de paz, union y caridad, el cual hará felices á los consortes en este mundo y bienaventurados en la eternidad. Amen.

PLATICA XX.

SEXTO MANDAMIENTO.—PALABRAS Y DISCURSOS OBSCENOS.

Turpem sermonem deponite de ore vestro. (Colos. III, 8).

Aunque el adulterio, del cual os hablé últimamente, sea por su gravedad y malicia la primera y principal cosa que prohíbe el sexto precepto del Decálogo; es cierto que la prohibición no se limita á él solo, sino que se extiende á toda especie de deshonestidad, sea de obras, sea de palabras, sea de pensamientos.

Por lo que mira á las deshonestidades que se cometen con las obras, el pudor cristiano no me permite hablar de ellas con distincion y claridad; solo os advertiré en general que varían de especie y cambian de nombre segun la diversidad de los actos que se cometen, y segun la diferencia de las personas con quienes se cometen. Si se peca con persona soltera, es *simple fornicacion*; si con persona casada, es *adulterio*; si con persona vírgen, es *estupro*; si con persona consagrada á Dios, es *sacrilegio*; si con persona parienta, es *incesto*; si con persona del mismo sexo, es *sodomía*; si con animal de especie diferente, es *bestialidad*. He querido apuntar estas varias especies de impureza, para que entendais que son pecados muy diferentes, y que deben especificarse en la confesion para la debida integridad. Por lo demás, quiero ahorrarme la vergüenza que naturalmente causa el tratar de cosas tan repugnantes y abominables.

Pero no puedo pasar en silencio aquella especie de deshonestidad que se comete con la lengua, á saber: los discursos súcios, obscenos, licenciosos, que los teólogos llaman *turpi-*

loquio, y que san Pablo nos manda de parte de Dios desterrar enteramente de nuestras bocas: *Turpem sermonem depomite de ore vestro*. De estos discursos indignos, que por una parte son tan perjudiciales á la honestidad, á la inocencia y á las buenas costumbres, y por otra tan comunes á toda clase de personas, he resuelto hablaros hoy, mostrándoos su *gravedad*, su *malicia* y sus *peligros*, á fin de que aprendais á precaveros de ellos.

Para mayor claridad, y para daros una doctrina sólida, que evite los extremos peligrosos de un sobrado rigor, ó de una detestable relajacion, conviene, hijos míos, que distingamos bien las palabras obscenas de los discursos obscenos; porque entre estas dos cosas hay mucha diferencia. Hay algunos que, hablando de cosas lícitas ó indiferentes, van introduciendo en sus discursos expresiones, términos y palabras indecentes, que estarian mejor en la boca de una bestia que en la de un hombre; pero no pasan mas adelante ni llegan á entablar conversacion formal de cosas impuras. En este caso, no es que el fondo ó la sustancia del discurso sea mala; lo que es malo, es el modo de expresarse, es el uso que se hace de palabras torpes é indecentes; y si bien tales palabras sientan muy mal en un cristiano, no obstante, si son de tal naturaleza que no produzcan una impresion torpe y duradera, y no ocasionen escándalo, se ha de decir, que no son mas que pecado venial, bien que de los mas graves que pueden cometerse en esta línea.

Pero no es así de aquellos que tienen formalmente discursos y conversaciones sobre materias lúbricas y deshonestas, usando no solo de palabras, sino de descripciones, pinturas, cuentecillos que encierran lo mas súcio, inmundo y asquero-

so. Hablando de estas afirmo y sostengo, que pecan siempre mortalmente; y lo afirmo y sostengo, apoyado en la doctrina de todos los teólogos, entre los cuales, como dice san Antonino, no hay uno solo que lo ponga en duda: *De hoc nulli dubium est*. Cuando se habla deshonestamente, dicen los teólogos, con la mira y con el ánimo de provocar á sí mismo ó al prójimo á complacencias torpes; y aunque no se tenga tal mira ni tal ánimo cuando hay peligro de dar consentimiento á cosas impuras, es siempre pecado mortal: *Si turpiloquium fiat animo excitandi se vel alios ad turpia, vel cum periculo in ea consentiendi, etsi animus iste desit, est peccatum mortiferum*.

¿Y quién puede negar, hijos míos, que un tal peligro existe siempre que se tiene una conversacion deshonesta? Quien, por ejemplo, se pusiese á mirar muy despacio estatuas, cuadros, pinturas que representasen personas desnudas en acto de cometer las cosas mas escandalosas, ¿no se pondria en peligro evidente de consentir á alguna rea complacencia? Ciertamente que sí. ¿Y cómo estará libre de este peligro quien muy de espacio se pone á hablar de semejantes cosas? ¿Las palabras, no son por ventura otras tantas imágenes y pinturas expuestas á los ojos del entendimiento, como las estatuas y los cuadros á los ojos del cuerpo? Es muy cierto; y sino escuchad. Si yo hablo con vosotros de una sangrienta batalla ocurrida entre dos ejércitos, excito en vuestro entendimiento una imagen tan viva de ella, que os parece estar viendo las armas, los soldados, las heridas, la sangre y los cadáveres: igualmente despierto en vuestro corazon el mismo horror, la misma compasion que hubiérais sentido, si vosotros mismos hubiéseis presenciado el acto. Pues del mismo modo, si vosotros hablais de cosas impuras y obscenas, se os representarán con la misma viveza que si las estuviéseis

viendo ; os causarán los mismos malos efectos que si las estuviéseis mirando. De consiguiente, os poneis en evidente peligro de consentir á alguna mala complacencia ; y este peligro basta para haceros reos de culpa grave.

Esta culpa grave la comete tanto el que habla como el que escucha ; bien que quien habla la comete mayor, porque sus palabras dan al prójimo verdadero escándalo, mas ó menos segun la diversa calidad de las personas á quienes se dirigen. Si tales conversaciones se tienen en presencia de personas sencillas, de niños todavía inocentes, ¿quién no ve que el escándalo es mucho mas grave, por razon del peligro que hay de abrir sus ojos á la malicia? Es preciso confesar, hijos míos, que de estas conversaciones impuras proviene en gran parte la corrupcion que hoy se nota en la juventud. Todos los dias nos maravillamos de la prematura malicia de los niños y de las niñas, en los cuales se ven, y de los cuales se oyen cosas que hacen horror. Mas ¿por qué esto? ¿por qué?... ¿Pensaríamos que ha venido algun demonio en forma humana á enseñarles estas cosas indignas, en las cuales están tan perfectamente instruidos? ¡Oh! no : ninguna necesidad ha tenido el demonio de venir á instruirlos, porque en una sola conversacion impura han aprendido cuanto hubiera podido él enseñarles. Eran unas palomitas inocentes, eran unos espejos sin mancha mientras nada entendieron de ciertos arcanos de malicia ; y toda su inocencia estaba fundada en la feliz ignorancia de lo que ¡ojalá no hubiesen sabido jamás! Pero porque desgraciadamente se hallaron presentes á ciertas conversaciones obscenas, no fue menester mas para que abriesen desde luego los ojos. Lo que la naturaleza no les habia aun descubierto, se lo descubrió la maligna conversacion, la cual primero les excitó la curiosidad de saber, despues el deseo de

probar ; y así de Ángeles que eran se transformaron en demonios.

No creais por esto que los discursos obscenos solo sean pecados cuando se tienen delante de los inocentes y sencillos. Así lo piensan muchos, los cuales, reprendidos de esto, suelen excusarse diciendo, que cuando hablan de tales cosas, ya tienen cuidado de que no les oiga ningun inocente. Por lo que se ve que esta buena gente vive en la persuasion de que el escándalo solo es pecado, cuando se enseña la malicia á quien todavía no la conoce. Este verdaderamente es un escándalo mas grave ; pero no deja de ser grave escándalo el recordar la malicia á quien actualmente no piensa en ella. Tanto mas, que las personas maliciosas, por lo mismo que lo son, tienen mas inclinacion al mal, y son mas susceptibles de delectaciones pecaminosas y sensuales ; por cual motivo enseñan los teólogos que en el tribunal de la penitencia los confesores deben abstenerse de bajar á ciertas particularidades en materias lúbricas, á fin de evitar el peligro de ensuciar de nuevo el alma del penitente con el revolver este lodo. Pues si en punto de deshonestidades hay peligro de delectacion cuando se confiesan con rubor de manifestarlas, con dolor de haberlas cometido, con propósito de no cometerlas mas ; ¿cuál peligro habrá, cuál escándalo será el tratar de tales inmundicias de un modo el mas impúdico y provocador, y con todo el refinamiento de la malicia?

Dejo ahora á vuestro juicio el resolver si es admisible la excusa de los que dicen, que en el hablar lúbricamente no tienen ningun mal fin, sino que lo hacen únicamente por diversion y recreo.— Dejemos el *que no tienen ningun mal fin*; cosa que es mas fácil decirlo que creerla.— ¿Qué importa que el fin no sea malo, cuando la cosa es mala por sí mis-

ma? ¿Puede la intencion justificarla?— A mas de esto, que no se tenga otra mira en decir deshonestidades que la de reir y mantener alegre la conversacion, cosa es que admira y aturde. ¿Es posible, bestiales, que no sepais divertiros, sino revolviéndoos en el lodo mas asqueroso, á manera de los cerdos? ¿Es posible, que nada os haga reir sino lo que ofende el pudor y la honestidad? ¿Es posible, que no podais alegraros sino ofendiendo á Dios y escandalizando al prójimo? ¡Ah! si solamente el tratar de materias súcias os hace reir, os divierte y os alegra, es preciso concluir que sois mas bajos y brutales que las mismas bestias; es preciso confesar que las bestias tienen mas honor y probidad que vosotros; pues al fin y al cabo ellas se alegran y divierten en cosas muy distintas de la impureza.

Este apóstrofe, hijos míos, no va sino para esas almas de lodo, para las cuales no hay conversacion agradable, si no está condimentada con la salsa impura de la torpeza y deshonestidad. Vosotros, amados míos, medita bien la malicia del hablar libre é inverecundo; concebid horror á toda conversacion que no sea pura y honesta; fijaos por máxima invariable no contaminar jamás vuestra lengua con expresiones que ofendan la modestia. Pero este respetuoso miramiento tenedlo especialmente en presencia de jóvenes y doncellas, para que nunca hayais de experimentar el cruel remordimiento de haber sido sus primeros maestros de la malicia. ¡Oh qué pecado tan grande traeríais al tribunal de Dios, si alguna alma inocente debiese reconocer por autores de su perversion y de sus extravíos!

Por lo que hace á vosotros, ó buenos jóvenes que me escuchais, huid cuanto os sea posible la compañía y el roce de personas impuras, mirándolas como personas apestadas que

exhalan de su boca un hálito mortífero, segun la idea que de ellas nos dan las Escrituras santas: *Sepulchrum patens est guttur eorum, venenum aspidum sub labiis eorum*. No haréis ningun juicio temerario pensando mal de los que no tienen otro gusto que hablar de deshonestidades. La lengua es el espía mas seguro del corazon; y así como el escupir podre es señal clara de que las entrañas están consumidas; así el hablar impuro es indicio evidente de que el corazon está súcio y contaminado. Puede ser que una persona hable bien y viva mal; pero es imposible que hable mal y viva bien. Y así, separacion, amados míos, separacion de esta casta de deslenguados.

Mas como puede suceder que sin culpa vuestra os halleis en circunstancias de no poderlos evitar y de haber de oír sus discursos licenciosos, en este caso voy á deciros cómo os debéis portar. Primeramente ninguna risa, ni aplauso, ni aprobacion por lo que dicen, salga de vuestra boca jamás, hijos, jamás; porque esto seria darles ánimo para continuar, y cooperar á su pecado. Algunos no gustan de oír tales discursos, antes experimentan una cierta pena interior; no obstante, por no ser burlados como escrupulosos, aparentan un exterior alegre, festivo y jovial, dando á entender que los oyen con gusto, y que los aprueban. Pero ¿no es esto hacer traicion á Dios, á la Religion y á la propia conciencia? Sin duda: así como lo seria si uno profesase interiormente la religion católica, y exteriormente diese á entender que es judío, mahometano ó protestante.

Sabed además, que oyendo conversaciones impúdicas ni siquiera os es lícito mostrar una total indiferencia. Si no podeis usar siempre de una santa libertad para reprender á los que hablan indecentemente, ó porque son vuestros superio-

res, ó porque conoceis que vuestra correccion seria inútil, intempestiva y quizás peligrosa ; debeis á lo menos explicaros bastante con el mismo silencio, mostrándoos sérios, taciturnos y mortificados. Este mudo lenguaje es á veces mas eficaz que la reprension mas enérgica ; porque frecuentemente mas dice el que calla que el que habla.

Sin embargo, tratando de superiores, de padres de familia, de amos, etc., que por su estado ú oficio tienen obligacion de corregir, no basta el silencio, la seriedad y el desagrado ; es menester añadir la reprension, la amenaza, y si el caso lo pide, el castigo. Sí, padres ; sí, amos ; sí, superiores, cualesquiera que seais : vuestro deber es impedir en vuestros súbditos y dependientes todo discurso impúdico y obsceno ; vuestra obligacion es no permitirles jamás que profieran palabras lúbricas é indecentes. La fria indolencia con que muchos las dejais correr entre los que Dios ha puesto á vuestro cuidado, es una verdadera perfidia que os hace reos de todos sus pecados, y que algun dia atraerá sobre vosotros castigos amargos y tremendos.

Básteos, hijos míos, lo dicho hasta aquí en detestacion de esas conversaciones obscenas y licenciosas, tan comunes hoy dia no solo entre la canalla, sino entre las personas de pro, y que se dicen cultas y civilizadas. Sea cauta vuestra lengua, sea pura, sea incontaminada, sea cual debe ser la lengua de un cristiano santificada en el Bautismo con la sal bendita, y mucho mas en la Eucaristía con el purísimo Cuerpo y Sangre de Jesucristo. Así observaréis en esta parte el sexto precepto del Decálogo, y recibiréis el premio de vuestra observancia en el cielo. Amen.

PLATICA XXI.

SÉPTIMO MANDAMIENTO. — NOTICIAS GENERALES SOBRE EL HURTO.

Non furtum facies. (*Exod. xx, 15*).

Al entrar en la explicacion del séptimo mandamiento del Decálogo debo advertiros, que entramos en el tratado mas extenso, mas difícil, mas complicado de cuantos contiene el moral, y que nos metemos en un abismo sin fondo, en un mar sin límites, y en un laberinto intrincadísimo. Cási no sabe uno qué hacerse, cuando trata de deslindar este precepto : es tanta la copia de materia que desde luego se presenta ; son tantas las cosas que se ofrecen por decir, que la misma abundancia llega á servir de embarazo, y no se sabe ni qué escoger, ni cómo comenzar, ni por dónde concluir.

No hurtarás. Héos aquí el séptimo precepto : precepto brevísimo, si se atiende á sus solas palabras ; precepto cási inmenso, si se considera su espíritu y significacion. ¡Cuántas cosas comprenden estas dos palabras, *no hurtarás!* Por de pronto solo os diré, que comprenden todos los modos de perjudicar los intereses del prójimo, que son cási infinitos. Antes de explicarlos en particular, juzgo conveniente adelantar algunas noticias generales sobre el hurto en comun, declarando hoy su naturaleza, su gravedad y sus efectos.

Es preciso confesar, que la naturaleza del hurto es muy poco conocida del comun de los cristianos. Comunmente se cree, que el hurtar solo consiste en usurpar ocultamente los bienes del prójimo ; pero esto es una equivocacion. No solo